

LA INJUSTICIA Y EL SUFRIMIENTO INTERPELAN A LA IGLESIA

José Luis Segovia Bernabé
Instituto Superior de Pastoral
UPSA-Madrid

I.- ALGUNAS ACLARACIONES

Sin duda alguna, el sufrimiento y la injusticia padecidos por millones de personas en este planeta constituyen uno de los anti-signos fundamentales de nuestro tiempo¹. El *eclipse de Dios*² y el olvido la Justicia son cuestiones interrelacionadas y, sin lugar a dudas, el mayor desafío al que ha de hacer frente la Iglesia, no sólo en España sino en el mundo entero. Más en corto y por derecho, el obispo Casaldaliga lo formula diciendo: “todo es relativo, menos Dios y el hambre”.

No vamos a desarrollar una fenomenología de las terribles manifestaciones con las que el sufrimiento y la injusticia flagelan nuestro mundo; tampoco abordaremos el tema desde la teodicea³; más bien, procuraremos hacer una aproximación desde una perspectiva eminentemente pastoral.

Con respecto al enunciado mismo, hemos preferido que el sujeto del título fuese *el sufrimiento y la injusticia* y que la Iglesia se ubicase como el objeto directo de la acción del verbo *desafiar*. La realidad sufriente es el lugar de Dios y en él y a él ha de responder la Iglesia, objeto directo del desafío. Colocar la Iglesia como objeto directo es un modo de evitar visiones excesivamente eclesiocéntricas que acaban encerrándonos en aburridas y recurrentes cuestiones domésticas que poco importan al común de los mortales dolientes, ajenos a nuestras cuitas.

¹ A. NOLAN, *Dios en Sudáfrica. El desafío del Evangelio*, Sal Terrae, Santander, 1989, 65.

² Cfr. M. BUBER, *El eclipse de Dios*, Sígueme, Salamanca, 2003.

³ Sobre este punto, la bibliografía es abundantísima, y las posiciones diversas; por todos, Cfr. J.A. ESTRADA, *La imposible teodicea: la crisis de la fe en Dios*, Trotta, Madrid, 1997; C. DÍAZ, *Preguntar por Dios es razonable (ensayo de teodicea)*, Encuentro, Madrid, 1989; A. TORRES-QUEIRUGA, *Del terror de Isaac al Abbá de Jesús: hacia una nueva imagen de Dios*, EVD, Estella, 2000; M. FRAIJO y J. MASIÁ (eds.), *Cristianismo e ilustración. Homenaje al Profesor. José Gómez Caffarena en sus setenta cumpleaños*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, .M. FRAIJO, *Dios, el mal y otros ensayos*, Madrid, Trotta, 2004. Más centrado en nuestra perspectiva más pastoral, A. TORRES-QUEIRUGA, *Un Dios para hoy*, Sal Terrae, Santander, 1997; F. ELIZONDO, “El dolor de Dios en algunas reflexiones teológicas actuales”, en VV.AA., *El dolor, Actas de la XX Reunión Interdisciplinar “José de Acosta”*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1992; y J. P. GARCÍA MAESTRO, “La gratuidad de Dios y el sufrimiento del inocente. Una aproximación al tema desde la teología de Albert Nolan, Johann Baptist Metz y Gustavo Gutiérrez”: *Lumen* 53 (2004) 331-390.

Por otra parte, el método de la teología pastoral, la más urgida a abrirse paso desde la vida misma como lugar de Dios y de la acción de la Iglesia, reclama, como señalaba Karl Barth, sostener el periódico en una mano y la Biblia en la otra. En este caso, la injusticia y el sufrimiento constituyen *lugares comunes* de la experiencia humana y el igualador natural donde se radicalizan las preguntas que afectan a la existencia de absolutamente todos los seres humanos. Tienen, consiguientemente, un cierto privilegio epistemológico: suponen reconocer el anhelo del Infinito en lo más insoportable de la limitación humana y nos permiten atisbar en el hondón de la desgracia el confort, siquiera fugaz, de un alivio último.

Otra sorprendente constatación inicial es que en la radicalidad de estas preguntas (a veces planteadas formalmente como quejas desgarradas o incluso como blasfemias), se presenta, a la vista del lector sagaz de la vida creyente, una incipiente respuesta, inmanente y trascendente a la vez, por parte de los sujetos mismos que padecen la injusticia y el sufrimiento. En efecto, éstos no sólo se constituyen en lugares de necesidades básicas e ineludibles -hambre, sed, enfermedad, privación de libertad o condición de extranjería-(Cfr. Mt 25,31), sino que se tornan en auténticas *epifanías* del Misterio encarnado de un Dios incomprensible que responde impúdica y sorprendentemente a las quejas (“¿dónde está tu Dios?”)⁴ con un contundente e inapelable: “en ellos y allí estaba yo”, “cuantas veces se lo hicisteis a estos mis pequeños, a mí me lo hacíais”.

Desde el punto de vista creyente, el dolor y la injusticia tienen, por tanto, en la misma pregunta buena parte de la respuesta, que goza siempre de una inevitable dimensión comunitaria, incluso política. No se olvide que, como recuerda Nolan⁵, el juicio final tiene más que ver con imperdonables omisiones que con acciones: no dar de comer, no dar de beber, no acoger, no visitar...Y estas son responsabilidades personales y políticas. Pánico da pensar qué se dirá de nuestra generación (con más medios y conocimientos que nunca), de sus silencios y complicidades en torno a tragedias humanas de todo tipo (pienso en todos los ahogados por tratar de llegar a un Paraíso cuyo empeño es amurallarse).

Consideraremos estos dos grandísimos desafíos (sufrimiento e injusticia) siempre en primera persona del singular. Por tanto, la parcial, incompleta y discutible lectura de la injusticia y el sufrimiento que haremos, no irá dirigida primariamente a la Conferencia Episcopal o al Vaticano (naturalmente, no quedan tampoco excluidos) sino a todos nosotros y, de manera especial, a quien reflexiona, que no escapa a no pequeñas contradicciones y miserias. Quisiéramos obviar de este modo el riesgo de colocar siempre las responsabilidades en otros. Se trata, en palabras de Lévinas, de poner en acto mi indelegable responsabilidad frente a un rostro doliente que me mira como absolutamente extranjero.

⁴ Desde el Libro de Job, pasando por sus paralelos extra bíblicos, “Dialogo de un desesperado con su alma”, “La protesta del campesino elocuente”, “El poema del justo sufriente”, “El Dialogo sobre la miseria humana entre un afligido y su amigo”, a toda la escritura que es, como afirma *Salvifi doloris* 7: “La Sagrada Escritura es un gran *libro sobre el sufrimiento*”.

⁵ Cfr. A. NOLAN, o.c., 58.

Tenemos la convicción de que por nadie estamos impedidos de ejercer la santidad, la justicia y la caridad hasta el límite de lo heroico. Por ello, no quisiera caer en la fácil trampa de la descalificación sistemática de otros, como si uno pudiera hablar desde una atalaya de pretendida superioridad moral. Más bien, optamos por dejarnos convocar en torno al sufrimiento y a la injusticia, para así acabar ubicados bajo la sombra segura del árbol de la cruz, único y exclusivo lugar natural de la Iglesia: fijos los ojos en el Señor y a los pies de los crucificados.

II.- EL SUFRIMIENTO Y LA INJUSTICIA, INTERPELANTES UNIVERSALES.

Como hemos apuntado, lo empíricamente incontestable es que convivimos con el sufrimiento, que parece ser connatural a la existencia humana, aun cuando centramos todos nuestros esfuerzos en ser felices y en superarlo. Se ha llegado a decir que quien no sufre, carece de un atributo de lo humano. No por casualidad se ha señalado que los psicópatas son aquellos que carecen por completo de resonancia emocional, de poca capacidad de ponerse en el lugar de los otros y de ninguna aptitud para lo más noble: no sólo sublevarse ante la injusticia padecida en primera persona sino, sobre todo, para rebelarse ante el dolor y la injusticia ajena. El sufrimiento constituye, por tanto, un “hecho de vida antes que un problema” (A. Tornos)⁶. “El yo está clavado a sí mismo sin escape”. Eso es lo que manifiesta el sufrimiento, afirmará de nuevo Lévinas⁷.

Sin embargo, Occidente no sabe asumir el sufrimiento y olvida que la vana pretensión de evitar toda suerte de infortunio o de frustración es el pasaporte más seguro para la desdicha; del mismo modo, la obsesión por la eliminación absoluta del propio mal constituye el salvoconducto que conduce directamente al desentendimiento en combatir el dolor ajeno. Por eso, el sufrimiento no debería perder un cierto carácter público. Dirá Dorothy Sölle que evitar el dolor a toda costa puede suponer salirse de lo humano y que, sólo al desprivatizarlo por ser entregado a Dios desde la fragilidad individual, acabará redundando en beneficio de todos.⁸

Porque el hombre es un *ser patético*, aprendemos lo importante después de haberlo padecido y nos educamos en confrontación con los desafíos⁹ de la injusticia y del sufrimiento. Como intuía Adorno, el sufrimiento es el “revelador” de los verdaderos problemas de la sociedad. Estos no surgen de consideraciones intelectuales, ni de aproximaciones teóricas sino de las contradicciones reales: la llegada de las pateras, el dormir a la intemperie, la hipoteca que vence cuando falta el trabajo, los pequeños ahorros evaporados, la pensión que no alcanza... El sufrimiento relativiza lo accesorio y nos

⁶ A. TORNOS, “El dolor y lo sagrado”, en *El dolor, Actas...* o.c.

⁷ Cit. en C. CHALIER, *Lévinas. La utopía de lo humano*, Riopiedras, Barcelona, 1995, 37.

⁸ Su tesis es que Dios padece y se com-padece. Cfr. D. SÖLLE, *Reflexiones sobre Dios*, Herder, Barcelona, 1996.

⁹ “Educar es crecer en relaciones y afrontar juntos los desafíos de la vida colectiva”. J.L. CORZO TORAL, *Educar es otra cosa*, Popular, Madrid, 2007, 80.

recoloca hacia lo importante: permite descubrir algo de absoluto y del Absoluto en todo ello.

Antes de seguir avanzando, quizá convenga aquilatar que el sufrimiento es una noción más amplia que la de injusticia. Mientras que existe un dolor inevitable, el que va aparejado a la condición humana (hasta el punto de que algunos teofilósofos¹⁰ propongan el suprimir la noción de “mal metafísico” por su carácter intrínsecamente contradictorio), hay otro que es expresión propiamente del pecado, que exige conocimiento, determinación, voluntad y actuación. Éste último estaría formado por la realidad de lo injusto, de aquello que no se “ajusta”, y por las necesidades elementales que exigen satisfactores susceptibles de cubrirlas.

Qué duda cabe que en este Tercer Milenio asistimos a gravísimas injusticias, empezando por la hambruna en el mundo y continuando por el olvido de los desterrados y muertos en tantas guerras evitables, por los desplazamientos que dejan en la cuneta a millones de seres humanos, por la circunstancia, más banal, de que el 85% de la humanidad jamás ha realizado una llamada telefónica. Todo ello, por no hablar de injusticias a las que interesadamente somos más sensibles -sobre todo *ahora* que la crisis “nos toca a nosotros”¹¹-, como esa sutil mutación del modelo capitalista en el que se ha sustituido la producción de riqueza por su apropiación y acumulación. Ese “neo-caciquismo” (José Manuel Naredo) en el que las empresas han metido en nómina a los gobiernos (bastante más selectivamente intervencionistas de lo que cabría esperar en el neo-liberalismo), se ha hipertrofiado la razón especulativa y han prevalecido la falta de transparencia, la mentira, la manipulación y la falta de cobertura de las necesidades básicas¹²; todo ello ha ido despeñando en caída libre a los más vulnerables (cada vez más cercanos a “los nuestros” por la destrucción galopante de puestos de trabajo).

Todo esto afecta también a la razón teórica. Como titula Paul Ricoeur¹³ en un conocido ensayo, el mal constituye un desafío, tal vez el más grande, a la filosofía¹⁴ y a la teología. Se constata que todavía el dolor y la injusticia no han ocupado en ambas disciplinas el lugar que merece: la reivindicación de las víctimas como ámbito de reflexión constituye un sugerente punto de partida cada vez más considerado. Con todo, estas disciplinas milenarias llevan la delantera: apenas se pueden encontrar rastros del dolor en otras más terrenales. Por ejemplo, es cuestión casi virgen en la sociología, en el

¹⁰ A. TORRES QUEIRUGA insiste en que más que “mal” hay que hablar de “finitud”, “contingencia”, “limitación” como notas intrínsecamente inevitables de lo existente. Ni Dios “puede” evitarlo.

¹¹ En realidad, $\frac{3}{4}$ partes de la humanidad no han salido de la crisis nunca.

¹² Cfr. *VI Informe Foessa*, Fundación Foessa, Madrid, 2008.

¹³ P. RICOEUR, *El mal un desafío a la filosofía y a la teología*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 2006.

¹⁴ Th. W. ADORNO, *Dialéctica negativa*, Madrid, Taurus, 1992, 365, a raíz de la emergencia de un “nuevo imperativo categórico” post-kantiano (que Auschwitz no se repita) criticaba a la historia de la filosofía “lo asombrosamente poco que se le nota a su historia el sufrimiento de la humanidad”.

derecho¹⁵ o en la economía; incluso, más sorprendentemente, en la medicina: sólo hace bien poco han empezado a instaurarse “unidades del dolor”, todavía sin el cultivo de una especialidad propia.¹⁶ El predominio de la razón instrumental, la super-especialización, la fragmentación de todas las disciplinas, el discurso de la asepsia y la distancia profesional en las ciencias humanas y sociales y el olvido de concepciones fuertes del ser humano y de la sociedad laten bajo esta insatisfactoria trivialización de la existencia.

Con todo, el sufrimiento y la injusticia representan el mayor desafío colectivo al que habremos de hacer frente. Reclaman una reflexión y una actuación dialogada y decidida de todos comúnmente interpelados en dos órdenes: uno, en el de tratar de dotar de sentido y acompañar en la impotencia a quienes padecen lo que se presenta como dolorosamente inevitable; y otro, como tarea compartida de liberar de las ataduras injustas a quienes se encuentran en medio de una maraña de intereses espurios. Ambas intervenciones requieren inteligencia, sensibilidad, firmeza, sentido común, honestidad, pasión, ternura y, no en último lugar, buenas dosis de “la fuerza que viene de lo Alto.

Excede de nuestras pretensiones y competencia entrar en este terreno de la teodicea, donde el mal se constituye en auténtica roca del ateísmo, pero sí hay que “agradecer” al sufrimiento su nota desestabilizadora de visiones demasiado ingenuas de Dios (“Si comprehendis, no est Deus”) o demasiado racionalistas que ahogan las preguntas de Dios a Job: 38,2 ss.:” ¿Dónde estabas tú cuando afiancé la tierra? Habla, si es que sabes tanto ¿Sabes tú quien fijó su tamaño y midió sus dimensiones? ¿En qué se apoyaron sus columnas?... ¡Habla, si es que lo sabes todo!... Para acabar Job, aturdido, confesando: “Hablé a la ligera. ¿Qué puedo yo responderte? Hablé una vez, pero no volveré a hacerlo”.

En efecto, el mal, el sufrimiento y la injusticia son misterios en cierto modo odiosos y detestables que, además de interpelar a nuestra conciencia, convocan a juicio a Dios y a las religiones. Cuando el dolor amenaza con convertirse en terrible señor de la humanidad, más incluso que la mismísima muerte, con Job, le pedimos cuentas a Dios. Toparse con ellos es adentrarse en lo más profundo de lo humano y en un auténtico nudo gordiano de lo religioso; suponen pronunciar con Job en clave creyente: “De oídas había sabido de ti, ahora te conocen mis ojos”. Por sufrir, Job se conoce y conoce a Dios mucho mejor¹⁷.

¹⁵ Recientemente, hemos publicado con J. C. RÍOS et al. *La mediación penal y penitenciaria: experiencias de diálogo en el sistema penal para la reducción de la violencia y el sufrimiento humano*, Colex, Madrid, 2008². De algún modo, sigue la estela de N. CHRISTIE, *Los límites del dolor*, FCE, México, 1998.

¹⁶ Especialidad que suelen cubrir los anestesiólogos cuya deformación profesional es muy otra: tratan resolutivamente de “dormir”, “anestesiarse” o “despertar”; poco que ver con la paliación y el acompañamiento del dolor. Se suele olvidar que la medicina clásica establecía un triple orden: primero, se cura; si no se puede, se cuida y, en último término, se acompaña.

¹⁷ Decía bellamente E. HILLESUM, “el dolor no es el lugar de nuestro deseo, sino de nuestra verdad”. Cit. por J.I. GONZÁLEZ FAUS, *Etty Hillesum: una vida que interpela*, Sal Terrae, Santander, 2008, 95.

Aún sumidos en el misterio, frente a lo trivial y fragmentario, la injusticia y el sufrimiento constituyen el único lugar común posible de anhelo radical de dicha, de aspiración sublime a la felicidad plena y, al mismo tiempo, de hambre de sentido y principio visibilizador de que el Reino de Dios verdaderamente empieza por los últimos: los pobres, los hambrientos, los que lloran, los humildes, los que anhelan realizar el sueño de Dios, los pacíficos y los perseguidos a causa de la justicia (Cfr. Mt 5,1-12 y Lc 6,20-26).

De ahí que, como señala Schillebeeckx¹⁸, en todas las tradiciones religiosas, que siempre han defendido la dignidad de los más vulnerables, la noción de salvación puede rastrearse siguiendo las huellas de los grandes males y sufrimientos que han padecido los pueblos y las culturas en que se han suscitado. Por eso, tanto el hombre religioso como el que no lo es coinciden en “apreciar la estrecha relación entre experiencia del mal y experiencia religiosa [...]. Verdaderamente no sabemos si en un mundo sin mal habría habido religión, pero sí sabemos que la religión ha sido vivida a lo largo de la historia en término de respuesta a la presencia del mal, experimentada casi siempre como la presencia de lo indeseable, lo indebido, lo intolerable y a lo que, por tanto, había que encontrar una respuesta que lo integrase o lo superase”¹⁹.

Sin embargo, incluso dotado del horizonte religioso, el sufrimiento mantendrá siempre una dimensión de misterio insondable. Es un auténtico *Mysterium Doloris*,²⁰ en términos de Laín Entralgo. Que no devenga en absolutamente absurdo es cosa de fe, como recuerda Thomas Merton en una cita larga pero enjundiosa²¹: “El cristiano no sólo debe aceptar el sufrimiento: debe convertirlo en algo santo. No hay nada que se convierta con más facilidad en profano que el sufrimiento. La simple aceptación del sufrimiento nada hace por nuestras almas, excepto, quizás, endurecerlas. [...] El sufrimiento está consagrado a Dios por la fe -no la fe en el sufrimiento, sino la fe en Dios [...]. Aceptar el sufrimiento estoicamente, recibir la aflicción como una necesidad fatal, inevitable e incomprensible y soportarla con fortaleza, no significa consagración. El sufrimiento por sí mismo carece de poder y valía. Sólo tiene valor como prueba de la fe [...]. Creer en el sufrimiento significa orgullo, pero sufrir, creyendo en Dios, es humildad. Por consiguiente, el sufrimiento se convierte en bien por accidente, al posibilitarnos recibir mayor abundancia de bien por misericordia de Dios. El sufrimiento no nos hace un bien por sí mismo, pero nos posibilita que seamos mejores de lo que somos. Así pues, lo que consagramos a Dios en el sufrimiento no es nuestro sufrimiento, sino *nosotros mismos*”.

Ni la vida, ni la injusticia, ni el sufrimiento representan un coto privado de los creyentes, ni de la Iglesia (como si la gracia de Dios se agotase en el don

¹⁸ E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y Liberación*, Cristiandad, Madrid, 1983, 706 ss.

¹⁹ J. MARTÍN VELASCO, “El mal en las religiones”, *Revista Española de Teología* 51 (1991) 81.

²⁰ P. LAIN ENTRALGO, *Mysterium Doloris hacia una teología cristiana de la enfermedad*, Universidad. Menéndez Pelayo, Madrid, 1955.

²¹ Th. MERTON, *No man is an island*, New York, A. Harvest/ HBJ Book, 1955, pág. 77, cit. por F. ABEL, en VV.AA., *El dolor*, Actas de la XX Reunión Interdisciplinar “José de Acosta”, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1992, 196-197.

de la fe e hiciese “des-graciados” a los que no participan de nuestro tesoro). Dios crea salvando y salva creando (Torres Queiruga) y, por consiguiente, no hay ningún rincón del cosmos en que no sean rastreables las huellas de su presencia, póngaselas el nombre que se les ponga. Por ello, el mundo y sus desgracias constituyen un lugar privilegiado para el encuentro con un Dios que sigue empeñado en hablar a través de la historia y sus paradojas, de la naturaleza y de las mediaciones humanas (*signos de los tiempos* en decir de la *Gaudium et Spes*) y de reclamar con el poeta el urgentísimo concurso de hermanos y hermanas desclavadores para apearse de sus cruces a tantos crucificados.

Tengo para mí que la solidaridad con el dolor y la injusticia es, ya *per se*, una vía que apunta a la superación de los mismos, a la fuente última capaz de colocar las cosas en su sitio. Tiene un valor sacramental. Por eso quíerese o no, colocarse en su órbita y tratar de asumir lo inevitable y combatir lo evitable a favor de la bondad y de la justicia implica situarse, se sepa pronunciar su nombre o no, en la esfera de lo trascendente, de lo que desborda al sujeto y a su limitada auto-comprensión. El yo es siempre una suerte de “heme aquí”, la respuesta a una llamada que lo precede, pues el sufrimiento del otro sobrepasa siempre por definición el mío.²²

Por ello, con García Maestro, podemos afirmar que “el sufrimiento no necesariamente es la roca donde fundamentar la negación de Dios, sino que puede convertirse en el punto de apoyo desde el que atisbar una nueva imagen de Dios no accesible desde otras atalayas”²³ y un punto de apoyo seguro desde el que humanizar este mundo y dignificar su vida.

III.- LA IGLESIA COMO “PRIMERA RESPONDENTE”.

En el lenguaje de las urgencias se denomina “primer respondiente” a quien, sin tener necesariamente una especial cualificación técnica, se encuentra con un suceso y ha de intervenir y activar la cadena de emergencia ante una vulnerabilidad humana que no admite dilación. Ciertamente, la Iglesia, respetuosa con la autonomía de lo temporal, no dispone de unos conocimientos especiales para señalar cuál es en concreto la respuesta al sufrimiento o a la injusticia (Cfr. SRS 41 *et passim*), ni supone una “tercera vía” ante los problemas de la deriva de la humanidad. Sin embargo, dispone de un rico patrimonio, atesorado durante siglos, que hunde sus raíces en las prácticas de Jesús como la mejor “fotografía” revelada de Dios (quien contempla al Hijo está viendo al Padre: Cfr. Jn 14,9). Sin duda, una de las más elementales e inteligibles síntesis de la actividad pública de Jesús lo constituyen las palabras de Pedro en una de sus primeras predicaciones: “pasó por el mundo haciendo el bien, curando a muchos de sus enfermedades y expulsando demonios, porque Dios estaba con él” (Hch 10,38). Ojalá pudiera colocarse epitafio tan sencillo encima de la tumba de todos los cristianos.

²² Cfr. C. CHALIER, *Lévinas. La utopía de lo humano...* o.c., 77 y 52.

²³ J.P. GARCÍA MAESTRO, “25 preguntas sobre el Dios de Jesucristo”, CCS, Madrid (2009); Cfr. IDEM., “La gratuidad de Dios y el sufrimiento del inocente. Una aproximación al tema desde la teología de Albert Nolan, Johann Baptist Metz y Gustavo Gutiérrez”: *Lumen* 53 (2004) 331-390.

A lo largo del itinerario bimilenario de la Iglesia, sus momentos estelares han estado marcados por los hitos que han ido colocando sus mejores hombres y mujeres; unos canonizados, otros perfectos desconocidos, pero todos significados por haber sido bálsamo para las heridas de sus prójimos o haberse constituido en altoparlantes de las injusticias que padecían. Sírvanos de ejemplo iluminador el sorprendente desarrollo de la Iglesia primitiva en un Imperio romano declinante, en una sociedad decadente, individualista, con importantes flujos migratorios, en seria crisis económica y política, donde todo se complica aún más con una imprevista tragedia colectiva: la peste.²⁴ Con las debidas salvedades, nada muy diferente de nuestros días. Y, sin embargo, en medio de aquella sociedad convulsionada, el cristianismo subía como la espuma e iba entusiasmando a aquellos hombres y mujeres: de 7.000 cristianos a fines del siglo I, se pasó a cerca de 200.000 al término del siglo II y más de 6.000.000 al culminar el s. IV.

Sin misioneros “profesionales”, ni un plan explícito para misionar, la Iglesia se expandió extraordinariamente. Además del papel que tuvieron las mujeres (frente al paganismo donde el papel religioso lo representaban los varones), la conversión de los judíos helenistas, las facilidades de las vías de comunicación, los flujos migratorios, el sentido optimista y vitalista que les hacía tener más altas tasas de natalidad, los exquisitos cuidados a sus mayores y enfermos (que les hacía tener tasas más bajas de morbilidad y mortandad), el vigor del testimonio de su fe en las persecuciones, etc., quiero detenerme en la reacción de los cristianos ante la espantosa enfermedad que hizo morir en un solo día a 5000 romanos.

Es un hecho que, a mediados del siglo III, la comunidad de Roma atendía a 1500 viudas y necesitados²⁵, y que la exquisita atención a los pobres en las grandes ciudades (Roma, Antioquia, Alejandría, Cartago) maravillaba a los paganos. Cuando se propaga la peste²⁶, la sociedad pagana se desmoraliza y se desintegra aún más. En medio de la crisis y el sinsentido generalizado, los cristianos se caracterizan por una estatura moral, una dignidad y una coherencia fuera de lo común. Cuando todos se desentendían de los enfermos y se alejaban de los muertos, los cristianos cuidaban con primor a los enfermos y enterraban con piedad a los muertos: a los suyos y... ¡a los ajenos! Cuando nadie esperaba nada del futuro, ellos seguían alumbrando hijos. Cuando todos se espantaban del sufrimiento ajeno, ellos lo acogían y trataban de paliarlo, pagándolo a veces con su vida. Se dotaron de una altísima autoridad moral (por cierto, bien ajena al poder) y de una credibilidad que multiplicó las conversiones en los albores de la paz constantiniana. Aquello que horrorizaba a los paganos fue leído en clave creyente y atendido con toda solicitud. No hicieron grandes discursos, ni nos es

²⁴ Cfr. R. TREVIJANO hace un desarrollo muy sugerente en “Factores, oportunidades e incentivos para la misión de la Iglesia prenicena”, en *Salmanticensis* 47 (2000) 393-432; y “La difusión de la Iglesia en el área mediterránea hasta la paz constantiniana”, en *Anuario de Historia de la Iglesia* 9 (2000) 31-46. De ellos tomamos buena parte de los datos expuestos.

²⁵ Cfr. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, VI, 43, 11.

²⁶ Hay dos grandes epidemias, una en torno al año 160 y otra que debuta en el 250 y alcanza su cénit en torno al 260. Entre 1/3 y 1/4 de la población falleció a consecuencia de esta terrible y estigmatizadora enfermedad. Cfr. R. TREVIJANO, a.c.

posible rastrear muchos documentos, declaraciones, o programas pastorales, pero queda el legado y el eco de un cristianismo que convenció a los hombres y mujeres de un Imperio que se derrumbaba.

Sabemos bien que los Santos Padres atribuyeron al texto evangélico en que Jesús se identifica con los menesterosos (Mt 25,31ss) una importancia soteriológica capital. Los cristianos a través de las obras de misericordia levantaron a la caridad un auténtico monumento.²⁷ No sólo la atención a los enfermos les caracterizaba; la hospitalidad fue practicada también desde el principio. Si en el mundo extrabíblico tenía siempre un carácter sagrado (el forastero era considerado como un enviado de los dioses), para los cristianos se trataba de un servicio prestado al mismo Cristo; así, no eran de extrañar las burlas que tenían que soportar de los paganos²⁸. Por otra parte, la cualidad más importante que se pedía al Obispo, formulada como pregunta en el ritual de consagración hasta hace no mucho, era si amaba a los pobres:²⁹ “acuérdate de los pobres, tiéndeles una mano y aliméntalos” (*Didascalía*, XIV, 3,2). Incluso antes del bautismo³⁰ el escrutador preguntaba al catecúmeno: “¿Has ayudado a las viudas? ¿Has visitado a los enfermos? Y el padrino debía acreditar que así había sido antes de proceder al rito.³¹

La Iglesia acertará hoy si sigue la misma senda. No tiene la respuesta última de los misterios más grandes, ni mucho menos dispone de las recetas técnicas para aliviar las dolencias físicas, morales o sociales, pero cuenta con la convicción de que su lugar natural, aquel en el que no es posible cometer error y al que siempre habrá de tornar para ser fiel al Maestro, es el de ponerse a los pies de todas las cruces, asentarse, a veces impotente, al lado de todos los sufrimientos humanos, disponerse a bajar a todos los crucificados y cuestionar todas las cruces, siempre “fijos los ojos en el Señor”. Ese es su lugar natural, su único sitio si quiere visibilizar y no hacer opaco a Dios. Con evangélica sencillez, el obispo Don Tonino Bello³² decía en este sentido: “No me importa tanto saber quién es Dios, sino de qué lado está”.

Una diferencia: a los “primeros respondientes” de las emergencias se les plantea como regla número uno la autoprotección. Entre la vida del otro y el riesgo para la propia debe prevalecer, dicen los protocolos, el interés de la propia. En la compasión cristiana, el dinamismo es muy otro: el único valor absoluto es la posibilidad humana de otorgar a otro prioridad sobre uno

²⁷ Cfr. J. ALVÁREZ GÓMEZ, *Historia de la Iglesia I. Edad Antigua*, especialmente, el capítulo sobre “La caridad fraterna: ¿ved como se aman?” BAC, Madrid, 2001, 169-184.

²⁸ LUCIANO DE SAMOSATA, *De morte peregrini*, 11-13.16 “si ven a un extraño, lo acogen bajo su techo y se regocijan de tenerlo con ellos, como si fuera un verdadero hermano”. En las comunidades abundan las llamadas a la hospitalidad (Rom, 12,13; 1Tim 5,10; Tit, 1,8; Hb 6,10; 13,2; 1 Pe 4,9).

²⁹ Para la conexión entre el bautismo y la conversión y sus serias implicaciones en el orden de la caridad, Cfr. D. BOROBIO, “Conversión y bautismo”, en *Salmanticensis* 47 (2000) 365-392.

³⁰ *Tradición apostólica*, 20.

³¹ JUSTINO, *Apología*, I, XIV, 2-3.

³² Actualmente en proceso de beatificación, fue un obispo profético que se destacó entre otras cosas por acoger en su casa a solicitantes de asilo que llegaban de África y Albania. Fue presidente de Pax Christi en Italia de 1985 a 1993. Conocido como el Don Helder Cámara italiano, acuñó la expresión la *Chiesa del grembiule* (la “Iglesia del mandil”) para expresar la actitud que debía caracterizar a todos sus miembros de obispo para abajo.

mismo”³³. En cristiano se da un tránsito casi espontáneo cuando bebe del Amor primero: del “ser para sí”, a un “ser para otro”. Se trata de primar “el bien del prójimo”³⁴: “el cristiano no vive en sí mismo, sino en Cristo y en el prójimo; en Cristo por la fe, en el prójimo por el amor. Por la fe sale el cristiano de sí mismo y va a Dios; de Dios desciende el cristiano al prójimo por el amor”. En palabras de Hillel en el Talmud “Si no respondo de mí, ¿quién responderá de mí? Pero, si no respondo más que de mí, ¿sigo siendo yo?”³⁵ Con Lévinas, “la responsabilidad infinita por el otro es un Decir previo a todo Dicho”³⁶. Su asimetría ética se funda en que mi inquietud por el otro no depende de ninguna manera de su eventual preocupación por mí; el otro me concierne incluso aun cuando me ignore.³⁷ La ética toma sentido en la gratuidad y el desinterés. De ahí que sugiera traducir la cita evangélica de este modo: “amaras al prójimo: él es tú mismo”.³⁸

Pero todo esto tan sugerente no puede ser predicado; se resiste a ser tematizado. Sólo puede ser experimentado y contagiado aunque sea en el soporte siempre contradictorio de la condición humana. Por eso creció la Iglesia, por la fuerza del testimonio de los cristianos, incontestable desde la razón y seductora desde el corazón. El testimonio de la historia acredita que el *logos* solo no ha impedido la barbarie, que la misericordia necesita ser también racionalmente juridizada y que existe un universo de significaciones de matriz religiosa que convoca al ser humano a grandes e inéditos caminos.

G. Amengual³⁹ tiene unas páginas preciosas sobre la urgencia de revalorizar la *fides qua*, el acto de fe como suprema confianza. Recordando a Buber,⁴⁰ señala que hay una forma judía de fe -la de Jesús- consistente en la confianza, y otra más helenista basada en tener por verdadero, en acertar a formular proposiciones con pretensión de verdad; algo parecido a la diferencia existente entre la noción griega de verdad, de corte lógico-racional, y la semita, más experiencial y lógica de coherencia entre lo dicho y lo actuado, de transparencia existencial, de testimonio vital...

El testimonio es lo que más acredita lo que se dice, su veracidad, su lógica, su objetividad -continúa Amengual-. El testimonio cristiano no se atestigua a sí mismo, la Iglesia no se presenta a sí misma, sino que apunta a la entrega de Dios Padre que hace de su Hijo en la cruz. Ese es el sentido de la *paradosis paulina*⁴¹. Las cuatro dimensiones de la entrega “clarifican, entonces, que la acción eclesial transmisora del evangelio, de la entrega de Jesucristo, no

³³ Cfr. E. LÉVINAS, “Filosofía, Justicia, Amor”, en *Entre Nosotros. Ensayos para pensar en otro*. Pre-textos. Valencia, España, 1993.

³⁴ Cfr. M. LUTERO, *La carta de la libertad cristiana*, Buenos Aires, La Aurora, 1983, 75.

³⁵ Cit. en C. CHALIER, *Lévinas. La utopía de lo humano...* o.c., 61.

³⁶ E. LÉVINAS, *Autrement qu’être, ou au-de l’essence*, La Haya, Nijhoff, 1974, 91.

³⁷ C. CHALIER, o.c., 81.

³⁸ *Ibid.*, 88.

³⁹ G. AMENGUAL, *La religión en tiempos de nihilismo*, PPC, Madrid, 2008. o.c., 122.

⁴⁰ M. BUBER, *Dos modos de creer*, Caparrós, Madrid, 1996, cit. por G. AMENGUAL, o.c., 126-127.

⁴¹ Cfr. G. AMENGUAL, o.c., 130. En líneas de gran belleza, expone el autor cuatro “entregas” distintas e hilvanadas: Judas “entrega a Jesús”, Dios Padre “entrega al Hijo”, el Hijo se “entrega” en la cruz, Pablo “entrega” lo que ha recibido.

es externa al que transmite, sino que transmite, en la medida en que *ella misma reproduce lo que transmite*⁴².

Y testimonia tanto más verazmente cuanto más está dispuesta a pasar a un segundo plano (“él ha de crecer, y yo he de disminuir” Jn 1,34); toda una invitación a no hacer de la lucha contra el mal y la injusticia una ocasión de alzamiento personal o institucional. Más aún, en cristiano no existe el “testigo protegido”: la muerte del testigo es la prueba de la absolutez y el sentido último de lo testimoniado. De ahí que, señala este autor⁴³, la manera específica de transmitir el testimonio es *por la vida*, mediante la propia existencia. Se trata de lo que proclama Evangelii Nuntiandi 41: “el primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites”, susceptible de generar “interrogantes irresistibles” (EN 21).

Y es que, en el fondo, con el autor citado, hay dos modos de presentar el testimonio: a) como narración que remite al pasado; b) como su actualización y apertura al futuro mediante la elocuencia del testimonio vivo (“mirad como se aman”). Creo que una “Iglesia respondente” precisa con urgencia sobre todo del segundo.

Una última nota de la sublimidad del testimonio ante el sufrimiento acredita su capacidad de evocar la perfectibilidad del otro, incluso del verdugo. Schillebeeckx⁴⁴, al tratar del sufrimiento del inocente en la primera carta de Pedro, habla del “evangelio del sufrimiento por los demás”. Propone la pasión y muerte de Jesús como modelo de los cristianos que sufren (2,21-25) (3,17-18). “Sufrir por hacer el bien” (3,17), “padecer porque uno hace el bien” (2,20b y 3,17) o sufrir por ser cristiano (4,16) o sufrir “por ser honrados” (3,14) es *padecer por los demás* y expía el mal hecho por otros. Son tan importantes los demás que 1 Pe, 3,16 exige incluso buenos modos: “no devolváis mal por mal ni insulto por insulto, al contrario responden con bendiciones (3,9). Es tan importante el otro y la posibilidad de cambio que, refiriéndose a los invasores romanos, espera que “las buenas obras de las que son testigos les obligaran a rectificar el juicio el día que Dios los visite” (2,12), tal “que los que denigran vuestra conducta quedaran en mal lugar” (3,16)). Se trata de ser “elegantes” al sufrir, no por masoquismo, sino por actualizar el amor a los enemigos, de modo que incluso los opresores puedan ser *llevados al bien* antes que destruidos.

IV.- UNA IGLESIA MINISTERIAL PARA CON EL SUFRIMIENTO Y LA INJUSTICIA.

Trataré ahora de desarrollar algunos “ministerios” de una Iglesia que quiera responder a los retos que plantean el sufrimiento y la injusticia. Pueden parecer un poco teóricos en su formulación, pero me parece que apuntan a la raíz de las respuestas que debe dar la Iglesia española a los desafíos

⁴² Ibid., 170.

⁴³ G. AMENGUAL, o.c., 162 ss. La cursiva es nuestra.

⁴⁴ E. SCHILLEBEECKX, *Cristo y los cristianos. Gracia y liberación*, Cristiandad, Madrid, 1982, 212 ss.

planteados. Se trata de un listado meramente enunciativo que en modo alguno agota todas las dimensiones de una Iglesia que quiera ser profética y samaritana y que muestran como, incluso en la clave más conservadora, el *pathos* incorpora una dimensión que le hace ganar en significatividad evangélica.

A) EL MINISTERIO DEL SILENCIO.

Ocurre en los accidentes de tráfico realmente graves. Lo que más impresiona en el escenario de la tragedia es que se masca el silencio; al amasijo de hierros y los olores extraños se une la impresionante falta de lamentos, de insultos o de quejas. Este silencio espeso es el inequívoco sello de estar ante lo ominoso.

Frente a la tragedia, la primera actitud es acoger respetuosamente el silencio con el silencio. Antes de la búsqueda de culpables o de explicaciones causales, es preciso callar. Antes de ser respondida, la injusticia y el sufrimiento necesitan ser meditados, contemplados y descubiertos en todo su contradictorio espesor. Sólo una serena contemplación de la injusticia y el sufrimiento posibilitan una respuesta acertada que no multiplique el dolor o precipite espirales de injusticia.

Jesús, cuando se entera de la muerte de su amigo Lázaro, calla sobrecogido y llora. Sólo después vendrá el pésame y el anuncio de las Bienaventuranzas. Interesa destacar que no se puede confundir este silencio “elocuente”, con el silencio cobarde o el indiferente de quien está en otros asuntos, o el de quien convierte el sufrimiento en mera noticia, o en material para la oración de los fieles, pero no se deja afectar por el dolor y la injusticia. “El afán de los teólogos de interpretar y hablar donde sería conveniente callar es realmente insoportable”, se quejaba Dorothy Sölle en su ensayo sobre *El sufrimiento*.⁴⁵

Juan Martín Velasco⁴⁶ acaba de publicar un libro que se titula “Orar para vivir” y que constituye una sugerente invitación al ejercicio práctico de este ministerio, que no supone en absoluto ni una huida del mundo, ni una invitación al des-compromiso, ni un vano consuelo para impotentes; bien al contrario, supone buscar fuera de sí la auténtica Fuerza para combatir el sufrimiento evitable y asumir sin autodestruirse lo que misteriosamente tiene de inevitable.

En estas ocasiones dolorosas, rezar confiadamente se torna en “un acto de valor integral” (Dorothy Sölle), pero es la única forma de superar “la espantosa insuficiencia de la vida religiosa”⁴⁷ caracterizada porque, aun declarándonos creyentes, nuestra vida se explicaría de igual modo sin fe: curándonos en salud, reaccionamos en la vida cotidiana, política, económica, y social e incluso respondemos a nuestros adversarios o procuramos la defensa

⁴⁵ D. SÖLLE, *El sufrimiento*, o.c., 26.

⁴⁶ J. MARTÍN VELASCO, *Orar para vivir*, PPC, Madrid, 2008.

⁴⁷ M. GARCÍA BARÓ (ed.), “Del ateísmo interior”, en *Ensayos sobre lo absoluto*, Madrid, Caparrós, 1993, 94.

de nuestros intereses... Todo ello es otro modo de invisibilizar y “de matar a Dios”.⁴⁸

Quizá expresa bien esa forma de ministerio silencioso, E. Mounier⁴⁹ el día terrible del diagnóstico mortal de encefalitis de su hija: “Alguien muy grande nos ha visitado”. Y hablando de su terrible enfermedad escribía: “No hay nada que decir, sino que estamos más fuertemente que nunca unos con otros. [...] Nunca he conocido de forma tan intensa el estado de plegaria como cuando mi mano le decía cosas a esa frente que no respondía nada, cuando mis ojos se arriesgaban hacia esa mirada distraída, que llevaba lejos... Misterio que sólo puede ser de bondad; me atreveré a decir: una gracia demasiado grave”.

Sólo en el silencio se percibe todo el espesor de que la gracia es, sobre todo, la fuerza gratuita de Dios en la desgracia. Nada más sagrado que ese triste y dignificante “minuto de silencio” por los que se fueron o por los que nos arrebataron. Ello ayuda a ejercitarse en un ministerio muy vinculado al del silencio: el ministerio de la impotencia. Sin duda la apuesta más audaz del Dios cristiano ha sido la de “renunciar a su rango y hacerse uno de tantos” (Cfr. Flp 2, 6-7); el Altísimo se hace abajadísimo y se suple el trono por el establo y la escolta por los ladrones; todo ello no por un prurito de dar un golpe de efecto, sino fundamentalmente por destruir el dinamismo del mal, raíz última” o de la retirada (que no de la inhibición) que beben del silencio y del aprendizaje de la autoridad moral de los que sufren.

Una actitud más obsequiosa hacia el silencio, que “invita a no abrir el paraguas para meter las varillas en el ojo ajeno, sino a mantener cerrado el propio cuando el otro se siente válido al abrir el suyo”⁵⁰ permitiría plantear las cuestiones más polémicas, incluso manteniendo los principios de una manera menos antipática, más acogedora, menos prepotente y más dialogal.⁵¹

B) EL MINISTERIO DE LAS LÁGRIMAS.

⁴⁸ G. AMENGUAL, *La religión en tiempos de nihilismo*, PPC, Madrid, 2006, 66.

⁴⁹ E. MOUNIER, o.c., 10, 64.

⁵⁰ M.P. GARCÍA AYERRA, “Pensando en voz alta”, en *Amigos del Instituto de Pastoral 13* (2009) 1.

⁵¹ A modo de ejemplo, tras un poco de silencio, ¿cómo sonaría esta “carta pastoral”? : “Queridos hermanos y hermanas homosexuales: el ser humano es un misterio, eco de un Misterio último que nunca acabamos de aprehender. La sexualidad humana pertenece a ese orden misterioso y nunca bien conocido. Sabemos de los enormes sufrimientos que habéis arrastrado durante siglos y nos duele nuestro silencio ante ello. Hemos hablado del sufrimiento que han padecido diversos colectivos humanos pero jamás hemos hecho referencia al vuestro, aunque a algunos de vosotros les haya llevado a la desesperación e incluso al suicidio. Nada dijimos nunca de las burlas que soportasteis y de las vejaciones que padecisteis de las que quedan todavía demasiados vestigios en nuestro lenguaje y en un imaginario social que se resiste a cambiar. Ese silencio por nuestra parte, del que os pedimos perdón, no nos debe impedir decir ahora una palabra. Consideramos que las relaciones humanas deben ser reguladas por el Derecho para asegurar el dinamismo de reciprocidad derecho-deber en el marco comunitario, pero no compartimos que deba hacerse necesariamente bajo el paraguas de la institución matrimonial que tiene un inequívoco significado. Dejados decir que pensamos que otras soluciones son igualmente posibles...”.

La reflexión teológica corre el riesgo de ser excesivamente racionalista. No se trata en modo alguno de renegar de la razón, sino más bien de no endiosarla, para “no hacer reñir la emoción con el concepto”⁵², de hacerla compatible con lo que llaman algunos la “inteligencia emocional”⁵³.

Quizá al “sapere aude” kantiano (atrévete a saber) habría que añadir “dolere aude”: atrévete a sufrir, ten el coraje de ponerte al alcance del padecimiento del otro. Los grandes médicos humanistas siempre han afirmado que primero hay que curar, en su defecto, cuidar y, en último término llorar. Hoy el endiosamiento de la razón científico-técnica y la fragmentación de lo humano han llevado a quedarse en el primer escalón. Mucho de lo humano se pierde si la Iglesia se queda sin lágrimas.

Sólo el silencio previo posibilita unas lágrimas que no sean las del emotivismo sentimentaloides de los *reality shows* o las de cocodrilo. Las lágrimas, cuando surgen de tomarse en serio el sufrimiento del otro, se tornan, como recuerda Katherine Charlier,⁵⁴ en delicioso ensayo en la presencia callada de lo eterno en nuestro corazón.

En efecto, José, el hermano Intendente promocionado en Egipto, es incapaz de hacerse reconocer por sus hermanos sin llorar (Gn 45,2) y de abrazarlos sin bañarlos con sus lágrimas (Gn 45,15). Son “el signo en el rostro de un despertar al más alto secreto que habita en cada uno”⁵⁵, quizá porque la persona que llora “renuncia a juzgar y a saber; rinde las armas del conocimiento para dejarse sorprender”⁵⁶ o tal vez porque, con Lévinas, “la emoción es una forma de mantenerse perdiendo pie”⁵⁷.

Necesitamos una Iglesia que supere el shock del silencio con la compasión y sepa llorar con su pueblo.⁵⁸ Así será menos racional y doctrinal, más apasionada, más capaz de hacer suyos “los gozos y las esperanzas” y también “las angustias y las penas de la humanidad”. Las lágrimas nos igualan. Son el rasero universal de la vulnerabilidad que invita a la horizontalidad y a la fraternidad.

⁵² K. CHARLIER, *Tratado sobre las lágrimas*, Sígueme, Salamanca, 2008, 14.

⁵³ Cfr. D. GOLEMAN, *Inteligencia emocional*, Kairós, Barcelona, 1998²⁶. No por casualidad, vinculado con el punto anterior, otra obra de este autor se titula: *The varieties of meditative experience*.

⁵⁴ K. CHARLIER, o.c.

⁵⁵ Ibid. 41.

⁵⁶ Ibid.

⁵⁷ E. LÉVINAS, *De l'existence à l'existant*, Fontaine, Paris, 1947, 78, 121.

⁵⁸ Había un buen párroco, mayor y bastante conservador, excelente persona. Como el ya canonizado P. Rubio SJ, que sistemáticamente repetía siempre la misma (y casi única homilía), en los funerales hacía poco más que llorar. Sus palabras, o más bien la ausencia de las mismas y la veracidad de su dolor, remitía mucho más a la Palabra que florilochios retóricos, lugares comunes y rubricas rezadas con soniquete de rutina y sin sentimiento. Tampoco se me olvidará el cardenal Martino llorando en un Encuentro Mundial de la Pastoral Penitenciaria. ¡Algunos de los presos habían llegado a ser auténticos amigos suyos y no podía recordarlos sin emocionarse! Recordaba la relación entre Pablo y el esclavo Onésimo, un auténtico hijo para el primero y, en lo sucesivo, para Filemón, un hermano. Una observadora no creyente, después de verle llorar, dijo: “Me gustaría creer que Dios existe sólo para darle la razón a este hombre”.

C) EL MINISTERIO DE CONSOLAR.

Tras el silencio y el llanto, Jesús consuela. Lo entiende bien la liturgia de la Iglesia cuando recuerda a Jesús como el buen samaritano que nos unge con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza (anáfora VIII). Jesús en su despedida designa al Espíritu Santo como “el consolador” (Paràkletos) (Jn 14,16.24)

El consuelo reclama exponer la propia vulnerabilidad a la fragilidad del otro, trata de disolver la fuerza corrosiva del mal y hace saltar las chispas de la bondad. Eso tiene siempre un precio. El consuelo, como la solidaridad, supone siempre jugar contra los propios intereses. Hablamos naturalmente de una consolación en las antípodas de la resignación, de un pasar página precipitadamente o de obviar lo interpelante del sufrimiento ajeno.

José María Díaz Moreno, SJ⁵⁹, maestro de canonistas y amigo, tiene unas preciosas páginas acerca del “ministerio de consolar”. El lo refiere a ámbitos poco conocidos donde la Iglesia ejerce un ministerio nada espectacular pero importante: consolar en el infortunio, ayudar a aliviar duelos, participar en situaciones difíciles de rupturas matrimoniales, adecuar a la realidad las expectativas sobre los hijos o la vida. Ello constituye un callado servicio de pastoral familiar, desarrollado de manera informal, pero continua por miles de agentes de pastoral de todas las sensibilidades. Representan la muestra palpable del papel insustituible que puede ejercer la Iglesia ante tantas situaciones de quiebras afectivas y morales, donde además del papel del psicólogo o del mediador, se espera el del escuchante, acompañante y apuntador de sentido. Creo que los “calzados” y los “descalzos” y sensatos de todos los órdenes están prestando un servicio eclesial impagable en la buena marcha de las familias, restableciendo diálogos rotos, o reconduciendo serenamente lo irreparable.

Pero habremos de evitar la privatización del consuelo. Porque éste no puede desentenderse de los conflictos, del sufrimiento, de la injusticia, de las causas muchas veces evitables del dolor. En momentos de fuerte conmoción sociopolítica, Isaías clama: “Consolad, consolad a mi pueblo” (Is, 40,11. De alguna manera se trata de un consuelo “político”. El consuelo no es individual; supone el retorno y la liberación del pueblo desterrado en Babilonia, como un nuevo éxodo en el que “lo escarpado se torna llano” (Is 40, 4) y no duda en decir “¡grita sin miedo!” (Is 40,9) que el Dios “aniquila a los tiranos y a los árbitros de la tierra los reduce a la nada” (Is 40,23). El consuelo profético conforta en situaciones de impotencia, anuncia a los desvalidos que Dios se ha puesto de su lado y esto se hace “desde el alto monte” (Is 40,9). Por eso, los espacios públicos son también espacios para el consuelo, para los ritos y las celebraciones de algo que va más allá de la dimensión privada de la fe o de un sentido propietario de lo religioso.

⁵⁹ Cfr. J.M. DÍAZ MORENO, “El ministerio de consolar: reflexiones de un canonista”, en *Anuario 2009*, Curia Generalicia de la Compañía de Jesús, Roma, 2008.

Ya apuntamos que hoy somos más que nunca refractarios al dolor. Ante el dolor del otro huimos hacia los diagnósticos, las campañas y los tratamientos, pero no sabemos quedarnos junto a él. El ministerio de consolar pide reconciliarnos con la presencia del dolor inevitable y urge a acompañarlo sin por eso resignarnos a la pasividad ante los dolores superables. No podemos olvidar lo que Schilleebeckx llama “el evangelio del sufrimiento por los demás”. Nuestra civilización cristiana no rinde culto a los sepulcros: la nuestra es la tradición de los hospitales, de los asilos y de los hospicios: esa es la más auténtica y honda raíz de Europa⁶⁰: la de Pablo de Tarso, la de Agustín de Hipona, Tomás de Aquino o la Escuela de Salamanca, la que no se cierra sobre sí y no amuralla el ministerio de consolar que siempre supone, inevitablemente, un coste para el consolador. ¡Cuánto consuelo necesita quien pierde el trabajo o quien no lo encuentra, quien pierde el norte de su vida o la vivienda!

Una última nota. No estamos solos en esta ética de la compasión; tampoco debemos separarnos del mundo, como si éste no fuese, antes incluso que ámbito de la misión, el lugar de Dios: “Cuando la Iglesia se distingue de la humanidad, no se opone a ella, antes bien se le une... La Iglesia no hace de la misericordia, que la Divina bondad le ha concedido, un privilegio exclusivo... antes bien convierte su salvación en argumento de interés y de amor para todo el que está junto a ella o a quien ella pueda acercarse con su esfuerzo comunicativo universal” (*Ecclesiam suam* 25).

D) EL MINISTERIO DE LA TERNURA

La ternura, como traducción laica y algo reductiva de la caridad, es la expresión más serena, bella y plástica del amor. Gracias a la ternura, el amor no se queda en abstracción o en concepto universal vacío de destinatarios, sino que hace surgir los vínculos y la complicidad. Invita a construir una iglesia amable y creíble que testimonie la Buena Noticia de parte de Dios. Que haga realidad mediante la significatividad evangélica lo que decía Thomas Jefferson, quizá a fecha de hoy predicable del “fenómeno Obama”: “cuando alguien gana la confianza pública puede considerarse propiedad pública”. Esto es algo bien distinto de cualquier tentación de neoconfesionalismo, ni tiene nada que ver con el dinamismo del poder; más bien correlaciona con la autoridad moral y el abajamiento. “Sean vuestras armas, la dulzura, la amabilidad”: una Iglesia con una mirada amable sobre el mundo, no supone una Iglesia transigente con la injusticia, ni cómplice o encubridora de la mentira. Simplemente reclama la actitud de Jesús, incluso con quien no supo responder a las altas exigencias de su evangelio y a la moral de máximos que proponía: Jesús se despidió del joven rico “mirándole con cariño”. Tenía razón San Agustín: “Si quieres conocer a una persona, no le preguntes lo que piensa sino lo que ama”.

⁶⁰ Cfr. VV.AA., *Europa y el cristianismo. En torno a Ante la Ley de F. Kafka*, Anthropos, Madrid, 2009. La igualdad, la autonomía, la universalidad, los derechos humanos o el perdón, entre otros impulsos civilizatorios que nos sacaron de la barbarie, son impensables sin la tradición cristiana.

Una Iglesia respondiente evitará caer en la simplificación de amar formalistamente a todos, que corre el riesgo de encubrir no amar a nadie, y procurará también no olvidar que “el amor debe siempre vigilar a la justicia”⁶¹, que “el corazón de la ley es la misericordia” y que “la misericordia se ríe del juicio” (Sant 2,13) ridiculizando la facultad de juzgar porque se empeña en aplicar leyes y principios generales que prescinden de la singularidad de lo concreto y de lo irrepetible e inaprensible de todo lo humano. Por eso, se afanará, incluso ante lo que no comparte, en “no quebrar la caña cascada y no apagar el pábilo vacilante” (Is 42,3).

La ternura no es ñoña blandenguería. Al contrario, este “reposo de la pasión” (J. Joubert) es lo que da fuerza. Mahatma Gandhi señalaba que un cobarde es alguien incapaz de mostrar amor. Y así es: paradójicamente, la ternura no es blanda y light sino fuerte, firme y audaz, porque se muestra sin miedo. Supone todo un acto de coraje, y la voluntad de mantener y reforzar el vínculo de la relación fraternal con todos, especialmente con los diferentes.

Sólo de la pasión y de la ternura brota la generosidad y la audacia. No se trata sólo de querer a los que sufren, sino, quizá más importante aún, de dejarnos querer por ellos. Tener la audacia de ponernos a tiro de todo lo que pueden regalarnos.

E) EL MINISTERIO DEL DIÁLOGO⁶²

Tenemos por cierto que en pocos momentos de la Historia de la Iglesia hemos coincidido creyentes con tanta honestidad, con tan pocas adherencias espurias, con tanto libre convencimiento, como el actual. En la Iglesia universal hemos tenido Papas guerreros, obispos corruptos, continuas componendas con el poder, clérigos sin vocación, religiosas y religiosos por conveniencia social, creyentes forzados por imperativo social, cultural o legal. Hoy felizmente ya no es así.

Sorprende que, habiendo cambiado tanto las cosas, la Iglesia no se visibilice en su presentación pública como una comunidad creyente, propositiva, capaz de hablar un lenguaje vivaz, fresco, universalmente inteligible. Sorprende aún más su falta de unidad en ámbitos donde la significatividad evangélica constituye propiamente una urgencia humana.

Sospecho que tal falta de unidad y sintonía interna, que desdican fatalmente el “que todos sean uno” (Jn 17,21), no se debe, como se apunta frecuentemente, al sano pluralismo, a la diversidad de enfoques y planteamientos que desde sus orígenes la han caracterizado, sino precisamente a todo lo contrario: la falta de un franco diálogo interno.

Desde luego, esta es una responsabilidad compartida por todos, pero proporcionalmente atribuible según niveles de ejercicio de la responsabilidad pastoral. En un mundo que ha dado el paso del sujeto de reflexión de la

⁶¹ Ibid.

⁶² Sobre la importancia del diálogo en la teología de nuestra época, cfr. J. P. GARCÍA MAESTRO, *La teología del siglo XXI. Hacia una teología en diálogo*, PPC, Madrid, 2009.

autonomía solipsista del yo (ética kantiana) a la del nosotros (merced al giro lingüístico y a las éticas dialógicas), esto constituye no sólo una dificultad, sino en ocasiones un motivo de escándalo.

Una Iglesia que, en términos de la *Ecclesiam Suam*, “se hace coloquio”⁶³ no puede salvar este escollo más que mediante la práctica del ejercicio fraternal del diálogo. Y ello desde el presupuesto ignaciano de “salvar la proposición del prójimo”, contando con la imposibilidad de poseer cada cual la totalidad de la verdad, evitando la pretensión de acumular todos los carismas o confundiendo interesadamente el relativismo con la pluralidad, o la comunión con el asentimiento ascendente, siempre en búsqueda apasionada de una Verdad que a todos desborda. Cabe esperar que el descentramiento que el sufrimiento y la injusticia provocan, agudizados por una crisis económica que amenaza con multiplicar ambos, sea una auténtica enzima catalizadora capaz de generar ese imprescindible diálogo del que tienen no pequeña responsabilidad los pastores.⁶⁴

Cabe esperar que “la autoridad de los que sufren”⁶⁵, desde la que Dios juzga al mundo (Cfr. Mt 25,31ss.), nos humanice, nos solidarice y nos obligue (siempre lo que no hacemos por virtud acabamos teniéndolo que hacer por necesidad) a la práctica de un auténtico “ecumenismo” que, a falta de difíciles “coordinaciones” pastorales, al menos aglutine “sinergias”, obligue a relativizar diferencias y a unirnos en torno a lo esencial: cómo de parte de Dios hacer más habitable este planeta, cómo hacer más vivible y digna la vida y más humanizadas sus estructuras.

Una advertencia final. Debemos estar muy atentos para que quienes preconizamos el diálogo no caigamos en lo que criticamos y no tornemos el pluralismo y el debate en aplauso selectivo hacia lo que compartimos y desdén ante lo que no se corresponde con nuestra previa visión de las cosas. El diálogo exige cordial y respetuosa bidireccionalidad.

F) EL MINISTERIO DE LA VERDAD

Pocas veces en la historia de la Iglesia se ha reiterado tanto la palabra “verdad”. Basta con aplicar en el buscador del *Google* el término a los documentos pontificios y episcopales para verificar la multiplicación del concepto. Parece que en el lenguaje religioso también existen (en el sentido matemático del término) “modas”.

Con todo, la cuestión de la verdad constituye, en un mundo tan virtual, manipulable, relativista y subjetivo, una cuestión capital. Por eso, la apelación a la verdad ha de ser bienvenida; siempre con la prevención de no confundir la

⁶³ *Ecclesiam Suam* 27: “La Iglesia debe ir hacia el diálogo con el mundo en que le toca vivir. La Iglesia se hace palabra, la Iglesia se hace mensaje; la Iglesia se hace coloquio”.

⁶⁴ K. BARTH, *Ecumenismo y Liberación (Reflexiones sobre la relación entre la unidad cristiana y el reino de Dios)*. Paulinas, Madrid, 1987, 72, escribía: “Pueden existir buenas razones para que se planteen estas divisiones. Puede haber serios obstáculos para poder eliminarlas. Puede haber muchas razones para explicar esas divisiones y para mitigarlas. Pero todo eso no altera el hecho de que toda división es un escándalo.”

⁶⁵ J.B. METZ, *Más allá de la religión burguesa*, Sígueme, Salamanca, 1982, 26.

Verdad con las verdades y mucho menos con los intereses, por legítimos que pudieran ser.

El tantas veces denunciado clima relativista permite, no obstante, atisbar ciertos elementos tenidos por nuestros contemporáneos como absolutos, lo cual indudablemente constituye un excelente punto de partida para establecer la necesidad de un orden moral objetivo, de un universo de valores ajeno al sujeto, o de la existencia de una auténtica “epistéme” por encima de las respetables (o no) opiniones particulares (“dóxa”).

En efecto, nociones como democracia, derechos humanos, tolerancia, pluralismo, incluso respeto a la intrínseca brutalidad y objetividad de los hechos constituyen el ámbito secular de lo no opinable (en muchos países la mera negación del Holocausto constituye un delito penal), de lo no decible o de lo políticamente incorrecto que parecen echar por tierra esa convicción de que nada puede tenerse por cierto y nada es perdurablemente seguro.

Siendo eso así, se comprenderá mal la presentación de la verdad en un formato difícilmente digerible por nuestros contemporáneos. Éstos sólo aceptarán la plausibilidad de dichas verdades desde quienes se muestren exquisitamente respetuosos, material y formalmente, con la democracia, los derechos humanos, la tolerancia o el pluralismo, auténticas “verdades laicas” indiscutidas.⁶⁶ Precisamente, algunas de las verdades que parece no tenemos suficientemente bien digeridas. Mal se recibirá la apelación a la verdad en un formato que desoiga el giro Copernicano que nos ha hecho pasar, como se dijo, del yo-razón-autónoma al nosotros de la razón-dialógica. Todo aquello que se presente en formato vertical autoritario y en códigos lingüísticos medievales, por más verdad que encierre, será tenido por no digno de atención.

No se olvide que, con respecto a la verdad, “no es suficiente una actitud fielmente conservadora... Ni la custodia, ni la defensa rellenan todo el deber de la Iglesia respecto a los dones que posee” (*Ecclesiam suam* 26). Un ministerio impagable de la Iglesia al servicio de la verdad consiste en el testimonio de la misma mediante el desenmascaramiento de las mentiras, tan introducidas en los ámbitos financieros, políticos y mediáticos, con una particular sensibilidad en aquel aspecto más atinente a nuestro tema. Me refiero al aviso de Pablo acerca de “aquellos que dejan secuestrar la verdad con la injusticia” (Rom 1,18).

⁶⁶ A propósito de todo ello, por no eludir cuestiones críticas, ¿no sería más entendible un discurso en torno al aborto en otra clave? Proponemos la siguiente argumentación: “Es verdad que en la comunidad científica no reina el mismo consenso en torno al surgimiento de la vida humana como el que se da en torno a su extinción. Es verdad que existe un debate sobre cuestiones relevantísimas que afectan a lo nuclear de lo ético como es el estatuto humano del embrión. Precisamente por esta ausencia de unanimidad científica y moral, dado que en están juego valores superiores como la vida, no podemos sino optar por una ética más cautelara, conservadora y prudente que prevenga frente a lo irreparable. Ante informes diferentes y en ausencia de certeza total acerca de si un edificio que va a ser volado alberga a alguien en su interior, ¿no reclamaría una elemental ejercicio de prudencia y de responsabilidad impedir su voladura, por más controlada que se dijera?”.

Naturalmente, el ministerio de la verdad debe de ser ejercido por toda la Iglesia. Quizá quepa un más razonable reparto de papeles, en lo que es la clásica triada de la DSI: principios generales, juicios contingentes y directrices para la acción. Me refiero a que no se concentren en los Obispos las tres. Ello permitiría una mayor libertad a las organizaciones y movimientos de la Iglesia para hablar con agilidad e iluminar realidades presentes, cosa imposible si se entra en las inevitables dilaciones de un proceso complejo, prudente, lento y medido que siempre exige todo pronunciamiento de mayor nivel por parte de quienes, por otra parte, suelen carecer de la necesaria competencia profesional. Ello evitaría el frecuente ejercicio de (im)paciencia, aguardando unos juicios de la jerarquía (que suelen llegar tarde) o unas directrices para la acción (bastante poco concretas) que, de ser propuestas desde las bases, serían más rápidas y operativas y, en último término, de errar, no comprometerían a la voz autorizada de la Iglesia.

G) EL MINISTERIO DE LA AUDACIA

El ejercicio de la profecía busca sinceramente el cambio del otro, no su mera descalificación. Cuando la indignación incluye un fondo de sincero sufrimiento y no de reivindicación personal entonces es susceptible de interpelar constructivamente al destinatario. Por eso, la audacia que reclama el ejercicio profético reclama aunar esas dos dimensiones apuntadas por Isaías: “la caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagar”, y esa dimensión del cuidado cohonestada con la exigencia de no vacilar “hasta implantar el derecho y la justicia en toda la tierra”. Con firmeza y verdad, pero sin consentirnos ni una gota de mala uva.

Hay que superar la actitud “turística” ante el sufrimiento (Metz), actitud de frivolidad en el acercamiento al dolor ajeno que le hace perder su carácter interpelador. Quizá tenga que ver con este pecado que desde muy pronto nuestra tradición religiosa pasó de tener una exquisita sensibilidad hacia los que sufren para pasar a tenerla respecto al pecado. La mirada ya no se dirige tanto hacia las criaturas que sufren sino hacia los pecados que cometen, lo que anestesia la sensibilidad hacia el sufrimiento y la injusticia⁶⁷ y olvida su carácter escatológico: la autoridad de los que sufren es la única en la que se manifiesta a todos los hombres la autoridad de Dios que juzga al mundo (Cfr. Mt 25, 31-46).

La audacia de mirar de frente y acercarnos a la exclusión social, como forma actual en que cohabitan la injusticia y el sufrimiento, nos reclamará ser más creativos, más excéntricos y más extravagantes como Iglesia. Más excéntricos para mirarnos menos el ombligo, descentrarnos de lo normativo-institucional y salir más al encuentro del sufrimiento y de las víctimas de la injusticia. Cultivadores de la extravagancia, de quien no teme vivir a la intemperie porque se sabe en las manos de su Señor y, por eso, accede gustoso a vagar fuera, a explorar nuevas vías, a darse la oportunidad incluso de errar, para acabar poniéndose de rodillas y en silencio a los pies de todas

⁶⁷ Cfr. J. P. GARCIA MAESTRO, “La gratuidad de Dios”... 425, citando a J.B. METZ, *Gott und die Übel dieser Welt*, 590

las cruces. Esa será una Iglesia teologalmente vivaz, que se implica, se complica y replica porque nada humano le es ajeno.

La audacia evangélica no es fruto de un acto de voluntarismo, sino que es el resultado de una sincera exposición a la siempre peligrosa experiencia de Dios. La Iglesia tiene que ser, hemos de ser, honestos para con Dios y abiertos a la acción de un Espíritu que no se deja domesticar ni se identifica con nuestras preconcepciones. “Sin la profecía, el lenguaje de la contemplación corre el peligro de no tener mordiente sobre una historia en la que Dios actúa y sin la dimensión mística, el lenguaje profético puede estrechar sus miras y debilitar la percepción de Aquel que todo lo hace nuevo”⁶⁸. Lo mistagógico (iniciador de lo experiencial), también en el campo de la denuncia, es más importante que lo magisterial y debe ir de la mano de lo evangélicamente testimonial.

Sólo así nos atreveríamos a abandonar la arraigada tesis de “que no se puede morder la mano que nos da de comer” u otras posicionamientos similares que, en aras de seguridades siempre provisionarias, acaban hipotecando la fibra profética, la frescura y la carga evangélica de carismas que corren el riesgo de quedar empolvados debajo del papeleo burocrático y del llamado “mal de piedra”, en el que las “obras”⁶⁹ de Iglesia acaban comiéndose la significatividad evangélica.

Y esto lo hace la Iglesia sencillamente para ser ella misma, para preservar su identidad: “la acción a favor de la justicia... se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del evangelio, es decir, de la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva” (Sínodo de los Obispos de 1971 (Intr. f).

Pero no vale cualquier forma de abrir la boca. El lugar social, el ámbito emocional desde el que se habla, es determinante. Por eso no merecen ni una línea en los periódicos impecables declaraciones episcopales o imponentes documentos magisteriales sobre los pobres. Nos falla el *background* que dicen los publicistas, la puesta en escena no nos hace creíbles. ¿Piensa la gente que a los cristianos, a las parroquias, arciprestazgos, vicarías, curas, obispos... nos quita el sueño el sufrimiento y las injusticias que padecen nuestros hermanos? No es atrevido pensar que, al menos en el lenguaje no verbal, gestos proféticos, tonos de voz utilizados, intensidad en las demandas, tiempo efectivo en los propios medios, etc. la respuesta nos deje insatisfechos.

Para evitar equívocos, una Iglesia audaz tendrá que dejar bien claro que el ejercicio de la profecía no se realiza fundamentalmente en defensa de sus intereses “corporativos” -por legítimos que sean- sino, sobre todo y fundamentalmente, de los derechos ajenos. Con Prov.31.8, “abre la boca en favor de los silenciados”, para visibilizar ante la sociedad a los invisibles, no

⁶⁸ G. GUTIÉRREZ, *Hablar de Dios desde el sufrimiento del inocente*, Sígueme, Salamanca, 1986, 174-175.

⁶⁹ Me refiero al sostenimiento de costosas infraestructuras materiales carentes de sentido en el momento presente, dada la insuficiencia de personas para hacer perdurar eficazmente su espíritu.

para hacerse propaganda. Ser auténticamente solidario es “jugar contra los propios intereses” (Zubero), anteponer las necesidades de los destinatarios últimos de la acción eclesial a los intereses corporativos y congregacionales; en suma, atrincherarse frente a lo que hemos llamado en alguna ocasión “secuestro de los carismas”, caracterizado por la enajenación de la genialidad audaz y creativa del fundador en favor del titular de servicios sociales del ayuntamiento o de la Comunidad autónoma que aprovecha una mano de obra cualificada y barata para eludir sus responsabilidades. Una cierta deformación, proclive a una obediencia mal entendida, impide a veces constituir pacíficos frentes que defiendan no tanto *intereses propios* sino *necesidades ajenas* elementales.

Finalmente, habrá que caer en la cuenta de que las estructuras de pecado son bastante más que el sumatorio de los pecados personales, que el todo es más que la suma de las partes y que, por consiguiente, no nos podemos quedar sólo en apelaciones a la conversión individual. La caridad ha de ser también, en palabras de Pío XI, política. Hay estructuras, leyes, dinamismos, y sujetos personales y colectivos que deben ser denunciados y que se resisten a ser contemplados de manera ingenua, en clave abstracta y ahistórica, o desde una perspectiva exclusivamente individualista (Cfr. *Gaudium et spes* 30). Introducir lo concreto y comunitario en el abordaje, ético y religioso es abrir radicalmente la perspectiva de su posible superación - incluso intrahistórica-, toda vez que ante el pecado siempre cabe la conversión, lo que supone la más radical oposición a la inevitabilidad de la injusticia y al destino fatal de la existencia humana frente a tanto dolor evitable.⁷⁰

I) EL MINISTERIO DE LA BUENA ESPERANZA⁷¹

⁷⁰ Cfr. J.P. GARCÍA MAESTRO, “La gratuidad de Dios...”, a.c., 401.

⁷¹ El mismo Concilio se pregunta “¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte, que a pesar de tantos progresos hechos subsisten todavía?” (GS 10). En buena parte, contesta en este precioso y claro Mensaje final a los enfermos, a los pobres, y a los que sufren: “Para todos vosotros, hermanos que sufrís, visitados por el dolor en sus mil modos, el Concilio tiene un Mensaje muy especial. Siente fijos sobre él vuestros ojos implorantes, brillantes por la fiebre o abatidos por la fatiga, miradas interrogadoras que buscan en vano el porqué del sufrimiento humanos y que preguntan ansiosamente cuándo y de dónde vendrá el consuelo. Hermanos muy queridos sentimos profundamente resonar en nuestro corazón de padres y pastores vuestros gemidos y lamentos. Y nuestra pena aumenta al pensar que no está en nuestro poder el concederos la salud corporal, ni tampoco la disminución de vuestros dolores físicos que médicos, enfermeros y todos los que se consagran a los enfermos se esfuerzan en aliviar lo más posible. Pero tenemos una cosa más profunda y más preciosa que ofreceremos..., la única verdad capaz de responder al misterio del sufrimiento y de daros alivio: la fe y la unión al varón de dolores, a Cristo, Hijo de Dios, crucificado por vuestros pecados y nuestra salvación. Cristo no suprimió el sufrimiento y tampoco ha querido desvelar enteramente su misterio: El lo tomó sobre sí, y eso es bastante para que nosotros comprendamos todo su valor. ¡Oh vosotros que sentís más pesadamente el peso de la cruz! Vosotros que sois pobres o desamparados, los que lloráis, los que estáis perseguidos por la justicia... tened ánimo; sois los preferidos del Reino de Dios, el reino de la esperanza, de la bondad y de la vida; sois los hermanos del Cristo paciente, y con El, si queréis, salváis al mundo. He aquí la ciencia cristiana del dolor, la única que da la paz. Sabed que no estáis solos, ni separados, ni abandonados, ni inútiles; sois los llamados por Cristo, su viva y transparente imagen. En su nombre, el Concilio os saluda con amor, os da las gracias, os asegura la amistad y asistencia de la Iglesia y os bendice.”⁷¹ “Mensajes del Concilio a toda la humanidad”, 7 de diciembre de 1965, VATICANO II, *Documentos Conciliares*, Ediciones Paulinas, Madrid, 1975³, 632-633.

Nuestros contemporáneos pueden estar muy secularizados, vivir de espaldas a formas regladas de lo religioso y mantener un injusto y exacerbado anticlericalismo, pero es muy difícil no toparnos con sus preguntas. Quizá no vengan a consultárnoslas a la Iglesia o al confesionario, pero recorren internet, se cuelan en los gabinetes psicológicos o visitan a los echadores de cartas. El ser humano tiene una sed de infinito y un anhelo de felicidad que tropiezan con la constatación de la injusticia y el sufrimiento. Y ese desnivel plantea preguntas que formula en otros foros, en otros momentos y a otras personas. La proliferación de metros cuadrados de libros de autoayuda y esoterismo algo tienen que ver con esta cuestión.

Y algo tendremos que decir también nosotros. Lo primero que, a pesar de todo, la humanidad sigue mereciendo la pena. “Algo” ha visto Dios en ella como para merecerle la pena crear, encarnarse, redimir y salvar. Lo segundo, que la fe es ante todo una experiencia esponjante del corazón, razonable a la inteligencia, dadora de sentido a la existencia y motor humanizador de la vida de los hombres y de las mujeres. Más en concreto, ha sido, es y será, uno de los agentes transformadores de la realidad más apto, más capaz de dar sentido al dolor inevitable y de combatir hasta la muerte contra el que es evitable. Que nuestra Gran esperanza -en términos de Spe Salvi- es la que nos alienta y sostiene en nuestro esfuerzo en pos de las pequeñas esperanzas intrahistóricas y que nuestra fe en un Dios de vida, incluso nuestra afirmación de la resurrección no es sino la aseveración más rotunda y radical de esta vida, de la que tenemos entre manos, la cual es en sí tan valiosa que Dios no permite que termine para siempre. Por eso, con Metz, más que instancia moral que funcione a modo de institutriz de menores de edad, hemos de constituirnos en referente escatológico, en benéficos virus de esperanza, en permanentes interpeladores de lo real, en invitadores a ir siempre *plus ultra*, para no identificar ninguna realización humana con el sueño de justicia de Dios y apostar rabiosa y solidariamente por los perdedores y las víctimas.

Somos demasiado serios y aburridos. Lo grave y lo fundamental no está reñido con aquello de Jesús: “os digo estas cosas para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría llegue a la plenitud”. El mensaje de la bienaventuranza y la dicha no será creíble con rostros cariacontecidos. Ya sabemos aquello de un santo triste es un triste santo. Por último, de la mano del ministerio de la esperanza reclamamos “la cartera” del “ministerio del humor”, no del que supone el desdén y el sarcasmo acerca del que piensa diferente, tampoco el de la burla, el relativismo o la indiferencia, sino el más profundo, el que sabe jerarquizar y colocar las cosas en su sitio: lo relativo, como relativo y el absoluto como único importante.

Creo que en las bases eclesiales de todos “los pelajes”, en las humildes parroquias rurales, en las parroquias de barrio, en los hospitales, en las cárceles, en el medio familiar y en muchos otros ámbitos numerosos miembros de la Iglesia española están ejerciendo este sagrado ministerio muchísimo más de lo que creemos. Con tasas tan reducidas de esperanza, la sociedad española necesita agentes de pastoral social que vivan y celebren su fe

sanamente: ni acomplejados, ocultando la identidad, ni empeñados en “venderla” a toda costa.

VI.- CONCLUYENDO

Dios detesta el sufrimiento y la injusticia: “Dios no hizo la muerte ni se goza en la perdición de los vivos” (Sab 1,13), porque Dios es “el amigo de la vida” (Sab 11,26). Razones no le faltan: El justo más justo muere porque morimos (dolor inevitable) y muere porque tristemente matamos (injusto dolor evitable). La Cruz representa el más excelso y paradójico monumento a la superación definitiva de ambos: “su libre decisión de compartir el sufrimiento humano es expresión de su esencia” (Rahner).

En otro orden, en el de la praxis, los mejores de entre los nuestros podrían suscribir el grito de Henri-Jérôme Gagey⁷² “¡Dios no está muerto!”, a lo peor: “¡Es la Iglesia la que está fatigada!”. Sin duda, por paradójico que resulte, sólo una aproximación desnuda y no apologética al sufrimiento y a la injusticia nos revivificará teologalmente. Ella nos pondrá a tiro de la gracia, auténtica fuerza de Dios en la desgracia, (“venid a mí los que estáis cansados”), nos regalará el empujón vital del Espíritu que nos sacará del embobamiento, y nos mostrará que, en el fondo, “no se trata de pretender rehabilitar el cristianismo subrayando su utilidad social, sino de mostrar que la fe como tal es una fuerza humanizadora, cuyos propios resortes es preciso movilizar al servicio de la construcción de la persona y de la sociedad”. Sin duda alguna, la complicidad con los excluidos y el testimonio de una firme alianza con su causa serán la forma de procurar que nuestros contemporáneos aprendan a nombrar en lo mejor de ellos mismos los ecos de un Dios que no permanece pasivo ante el dolor del mundo y que nos reclama ser su mano larga. El testimonio de ello, cuando es auténticamente evangélico, se llega a “imponer”, sobre todo cuando la autoridad moral del sufrimiento surge de dar la vida *propter homines*. No es, por tanto, casual que hace pocos años un diario nacional, nada sospechoso de simpatía hacia lo religioso, llegó a designar en un editorial a los cuatro hermanos maristas mártires en Rwanda-Zaire como los “mejores embajadores de España”.

Sólo una Iglesia que, como Cristo que efectuó la redención en pobreza y persecución, se sienta llamada a seguir ese mismo camino, que no busque su propia gloria, sino que predique desde la humildad, la abnegación y el ejemplo, hará visible al Señor. Abrazando a todos los afligidos por la debilidad humana, reconociendo en los pobres y en los que sufren la imagen de su fundador pobre y paciente, se esforzará en aliviar sus necesidades y servirá en ellos al mismo Cristo (Cfr. LG 8).

Es, finalmente, la voz autorizada de la Iglesia -esta vez de España- la que nos propone la mejor *receta* para responder a los desafíos que venimos planteando: “Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y

⁷² H.-J., GAGEY, *La nouvelle donne pastorale*, Éd. De l'Atelier, Paris, 1999.

por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico. El ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y el dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento” (*La Iglesia y los pobres* 10)⁷³.

⁷³ COMISIÓN EPISCOPAL DE PASTORAL SOCIAL, *La Iglesia y los pobres*, Edice, Madrid, 1994.